

PERSONAJES

HARDING

EZEQUIEL

Otra época. Otro siglo.

La mitad de la década del 20 del siglo 20.

El campo argentino.

Una estancia.

Se ve una de las habitaciones principales de la estancia (pero no la principal). Podría ser una sala de juegos o similar por lo que se ve. Hay un enorme aparato de radio, y algunos animales disecados. Lujo más que confort. Hay un enorme cuadro tapado con una sábana blanca. O varios. Eso se ve en una de las paredes. Hay cierto desorden, y ciertos objetos casi como de más: un candelabro, por ejemplo, sogas y algunos atuendos, también. Se ven armas de fuego, o de caza (Algún fusil, revólver y pistola).

Es de noche y todo transcurrirá en una sola noche.

HARDING y EZEQUIEL: machacones de edades similares. Ricos, clase alta ambos, al parecer. Vestidos de etiqueta, uno es más morochón que el otro, aunque ninguno de los dos es morocho. Uno podría ser, también, más rubio que el otro. Es una cuestión de improntas lo que se ve al principio en EZEQUIEL y HARDING, de ahí los énfasis étnicos (Si es que los hubiera.). La inmigración europea ya había comenzado a entremezclarse con la sangre argentina desde hacía rato. La cortesía será una lucha entre ellos dos.

EZEQUIEL, al principio, echado en un futón. Habla o canta en otro idioma, bajito, muy bajito. Parsimoniosamente saca un habano y demora en encenderlo y darle la primera bocanada. No está posando. Hay una inquietud en él, pero es leve. No hay nadie más. Se levanta y va hacia el aparato de radio. Lo enciende. El aparato hace un extraño ruido metálico, y aparece una luz amarillenta en el centro. EZEQUIEL busca en la radio moviendo una perilla. Cree encontrar música o voz humana, pero sólo encuentra estática. Un tiempo del sonido de la estática y la búsqueda de EZEQUIEL. Fuma. Ingresas HARDING, agitado. Lo mira a EZEQUIEL, agitado. EZEQUIEL apenas lo nota, y sigue buscando. HARDING, en el rincón opuesto a HARDING, aun agitado, mira fija pero no peligrosamente un punto adelante, un punto detenido al parecer. Piensa, tal vez, y se agita. Hay restos de alcohol, humo de tabaco, y comida entre papeles, naipes, más papeles, libros y armas de caza.

EZEQUIEL: Ladino.

HARDING: He subido las escaleras tal como usted me ordenó.

EZEQUIEL: Ladino.

HARDING (*Interrumpiendo.*): Tenía la cabeza pesada.

EZEQUIEL: ¿Cómo sabe?

HARDING: Estaba completamente hundida su cabeza en el medio de la almohada.

EZEQUIEL: ¿La de plumas? ¿La que parece un balón alargado?

HARDING: No lo sé.

EZEQUIEL: ¿Qué hizo?

HARDING: Subí lentamente las escaleras apoyando siempre, primero (*Se señala la punta de sus pies.*) esta parte, y luego la otra punta de la otra pierna y así, tal como usted me aconsejó, llegué a la puerta de la señorita Matilda.

EZEQUIEL: ¿No lo vio nadie?

HARDING: ¿Quién podría verme? Usted mandó a dormir a todos los criados.

EZEQUIEL: ¿Y Alonso?

HARDING: Dormido desde hace rato. Al igual que Gonzalo.

EZEQUIEL: ¿Y la vieja inglesa?

HARDING: Encerrada con don Celedonio, (*Señalando.*) a unos kilómetros de acá.

EZEQUIEL: El día que padre se entere que la institutriz se encam...

HARDING (*Interrumpiendo.*): La va a degollar.

EZEQUIEL: ¿Cómo entró?

HARDING: Cerrando los ojos, respirando fuerte para adentro al tiempo que abriendo despacio, muy despacio la puerta.

EZEQUIEL: Ladino.

HARDING: Abrí los ojos. Entonces la vi. Tenía la cabeza pesada, boca abajo y toda destapada por el calor.

EZEQUIEL: ¿Destapada cómo?

HARDING: Sin los cubres ni las sábanas.

EZEQUIEL: ¿Qué vestía?

HARDING: No sé.

EZEQUIEL: ¿Cómo no sabe?

HARDING: No sé si era celeste o blanco el camisón.

EZEQUIEL: ¿No lo tocó, no lo vio de cerca?

HARDING sonríe.

EZEQUIEL: Ladino.

HARDING: Su hermana abre las ventanas de noche. La tenía abierta de par en par hoy. Y entraba la luna.

EZEQUIEL: No hay luna, HARDING.

HARDING: Hasta hace un rato, sí. Lo juro. La luz de la luna entraba por la ventana abierta y le daba a lo largo de todo el camisón. Ni de cerca pude ver de qué color era.

EZEQUIEL: ¿Y ella?

HARDING: Ella dormía, como siempre.

EZEQUIEL: ¿La tocó?

HARDING no contesta.

EZEQUIEL: HARDING, ¿la tocó?

HARDING: Usted me dio su permiso.

EZEQUIEL larga una risotada.

EZEQUIEL: Su falsa timidez, HARDING, me resulta intrigante e irritante.

HARDING: ¿Cómo?

EZEQUIEL: ¿Le acercó los dedos de su mano como le enseñé?

HARDING (*Se lleva una de sus manos hacia su boca, que tiene los labios entreabiertos.*):
Así.

EZEQUIEL se acerca a HARDING, le toma la mano que estaba cerca de su boca y la huele.

EZEQUIEL: Ladino.

HARDING: Se movió, pero yo rápidamente seguí sus movimientos, tal como usted me dijo que hiciera si eso sucedía.

EZEQUIEL: ¿Y?

HARDING: Se dio vuelta sola, en dos o tres partes hizo esto.

EZEQUIEL: ¿Por qué llegó agitado, HARDING?

HARDING (*Mirando la radio.*): Por el aparato ése que usted me dijo que iba a salir lo que yo necesito para la indicación.

EZEQUIEL: La iniciación, HARDING.

HARDING: Eso. Lo que usted quiere de mí.

EZEQUIEL: Mire que sólo a usted le permito estos lujos.

HARDING: ¿Cuáles?

EZEQUIEL (*Tomándole la mano.*): ¡Esto es un lujo, HARDING! ¿O qué se pensó? (*Lo mira.*)

¿Usted está seguro de lo que hizo, no? No, HARDING, no ponga esa cara, evite el teatro.

No le queda bien a alguien como usted.

HARDING: Perdone.

EZEQUIEL: ¿Lo hizo o no lo hizo?

HARDING: Por supuesto, Ezequiel.

EZEQUIEL: Adentro le pedí yo.

HARDING: ¿No debía?

EZEQUIEL lo mira fijo y de repente. Y luego de arriba a abajo. La radio sigue encendida.

EZEQUIEL: Tranquilo, Harding. Buen trabajo. Tranquilo, un paso hemos dado entonces. Pronto ha de comenzar. (*Va a servir alcohol a la manera de cierto festejo, se relaja.*)

HARDING: ¿Y qué debo hacer?

EZEQUIEL (*De repente.*): Harding.

HARDING: Ezequiel.

EZEQUIEL: ¿De qué color son sus talones?

HARDING: Negro.

EZEQUIEL: ¿Y por qué?

HARDING: Se pusieron así d...

EZEQUIEL (*Interrumpiendo casi groseramente.*): Así, ¿cómo?

HARDING: Son duros de tanto andar descalzo.

EZEQUIEL: No sabe asearse, usted.

HARDING: La piedra pómez ya no sirve.

EZEQUIEL: No me haga reír, la piedra pómez.

HARDING: ¿Cómo se dice?

EZEQUIEL: ¿Qué cosa?

HARDING: Lo que hago.

EZEQUIEL: No sabe rasquetearse la piel seca usted.

HARDING: No está seca.

EZEQUIEL: ¿Qué dice?

HARDING: Está dura.

EZEQUIEL: Y negra.

Un vacío de silencio. EZEQUIEL mira a HARDING.

EZEQUIEL: ¿No?

Un vacío de silencio. EZEQUIEL mira a HARDING. Puede que EZEQUIEL se ponga de pie ahora, o inmediatamente después, o ya esté de pie y sólo camine. El otro lo imitará. Esto es importante.

EZEQUIEL: ¿A qué está jugando usted?

HARDING: Yo no juego. No sé jugar.

EZEQUIEL: Harding, no sea estúpido.

HARDING (*Mira por uno de los ventanales, porque sí, al parecer.*): Puede que lo sea.

EZEQUIEL: No sabe asearse, no sabe si es estúpido, no sabe si responderme o bajar silenciosamente la mirada como ahora veo que lo está haciendo.

Un vacío de silencio.

EZEQUIEL: Dígame, Harding.

HARDING: Sí.

EZEQUIEL: Sí, ¿qué?

HARDING: Sí, Ezequiel.

La respuesta predispone a EZEQUIEL.

EZEQUIEL: ¿Qué ve?

HARDING: La noche, sólo la noche.

Hay una inquietud en EZEQUIEL, otra vez. Podría ser violencia contenida.

EZEQUIEL: Algo me rompe en usted. Lo juro. Y no es un divague esto. No hay forma justa de hablarlo. No tengo la claridad. Pero usted rompe algo en mí. Lo juro.

HARDING: No debería ju...

EZEQUIEL: Usted me crípa, Harding.

HARDING: Yo soy su decisión, Ezequiel.

EZEQUIEL: Yo le he dicho eso. No use mis palab...

HARDING (*Interrumpiendo.*): Yo soy su aprendiz.

EZEQUIEL: Pronto dejará esa condición.

HARDING: ¿Usted cómo lo sabe?

EZEQUIEL: ¿Usted cree que es posible saberse en lo cierto mientras otros se saben en lo suyo?

HARDING: ¿Usted qué cree?

EZEQUIEL: Yo creo que nos ocultamos porque aprendimos de los hebreos.

HARDING: No debería decir he...

EZEQUIEL (*Interrumpiendo. Seco.*): ¿Perdón? (*Gesticulando sin omitir sonido.*)

HARDING: Usted decía que a lo mejor no es cuestión de saber utilizar las cosas, sino de s...

EZEQUIEL (*Interrumpiendo.*): Yo no dije eso.

HARDING: Parecido.

EZEQUIEL: Además de mugriento y estúpido, ¿es sordo, usted, Harding?

HARDING: Son los zapatos.

EZEQUIEL: Quíteselos.

HARDING se quita los zapatos y las medias. Respira cierto alivio.

EZEQUIEL: ¡Hubiese empezado por ahí! No saben hablar ustedes, no saben pedir. (*Mira por uno de los ventanales, porque sí, al parecer.*): Lluve.

Relámpago.

HARDING: No aun.

Trueno.

EZEQUIEL: Eso parece. (*Relámpago.*) Escuche.

Trueno.

EZEQUIEL: ¿Escuchó? Dos veces sucedió: tres segundos después del fogonazo del relámpago sonó el trueno.

HARDING: Es la naturaleza.

EZEQUIEL: Es Dios.

HARDING: Yo no lo tengo.

EZEQUIEL: Es la guerra, entonces, para usted.

HARDING: Nosotros no estamos en guerra.

EZEQUIEL: No me haga reír, Harding.

HARDING: ¿En qué estamos entonces?

EZEQUIEL: Era una metáfora. Como su no Dios. (*Riéndose.*) ¿Qué pueden saber ustedes sobre Dios!?

HARDING: Usted me dijo que yo era posible. Y que yo podía acceder a Dios.

EZEQUIEL: ¿Usted quiere un Dios, Harding?

HARDING: Yo no quiero una vida tranquila ni acomodada.

EZEQUIEL: ¿Usted qué quiere?

HARDING: Luchar.

EZEQUIEL: Muy bien, Harding. Acá comienza su lucha, que será nuestra y que será cierta.

HARDING: ¿Yo qué tengo que hacer?

EZEQUIEL: Usted hoy dio un gran paso.

HARDING: ¿Pero quién soy?

EZEQUIEL: Usted es el suelo y la sangre que elegimos del suelo. Usted es el orden establecido para accionar.

HARDING: Quiero entender y quiero dif...

EZEQUIEL (*Interrumpiendo.*): ¿Vio los sucesos en Buenos Aires?

HARDING: No los vi.

EZEQUIEL: Le pregunto si se enteró de lo sucedido, Harding, sobre los fusilamientos en la huelga le pregunto, no si estaba allí. Usted estaba acá cuando a...

HARDING (*Interrumpiendo.*): Usted también.

EZEQUIEL: Usted escuchó lo mismo que he escuchado yo, Harding.

HARDING: Yo escucho porque usted escucha.

EZEQUIEL: Eso aprendió.

HARDING: Yo escucho lo que usted escucha.

EZEQUIEL: Usted escucha porque yo quiero que usted escuche.

HARDING: Así es, Ezequiel.

EZEQUIEL: ¿Qué escuchó?

HARDING (*Oliéndose las manos.*): A su padre le contaron que la chusma radical no sabe que la huelga no fue una huelga.

EZEQUIEL: Le contaron, no. Padre sabe que no fue una huelga aquello.

HARDING: ¿Qué fue, entonces?

EZEQUIEL: Un comienzo.

HARDING: ¿De qué?

EZEQUIEL: Sangre y suelo, Harding. Sangre y suelo.

HARDING: ...

EZEQUIEL: Si yo creía, preguntó padre, ¿recuerda?

HARDING: Si usted creía, ¿qué?

EZEQUIEL (*Interrumpiendo. Se harta porque le estaba hablando de dejar de ser un aprendiz, el otro.*): Comienzo a hartarme de usted, Harding.

HARDING: ¿Quiere seguir con sus preguntas sobre el mundo, Ezequiel?

EZEQUIEL (*Harto.*): Desvístase. Ya.

Silencio e inmovilidad.

EZEQUIEL: ¿No me escuchó? Desvístase, Harding. Sáquese los trapos. Ya.

HARDING: ¿Todo?

EZEQUIEL: Todo lo que no sea suyo.

HARDING accede.

EZEQUIEL: Tiene pelos, Harding.

Silencio.

EZEQUIEL: Usted así como está quiere comprender, ¿estoy en lo cierto?

HARDING: Por supuesto. Soy aprendiz.

EZEQUIEL: Hiperbóreo.

HARDING: Aprendiz hiperbóreo.

EZEQUIEL: Aunque ladino.

HARDING: Siempre hay que tolerar algo.

EZEQUIEL (*Con énfasis, de golpe.*): Hay un espacio dinámico que ahora lo es, Harding, porque algo se puso en marcha. Eso le contaron a padre. Se lo han confirmado, en realidad. Algo viene.

HARDING: ¿Quiere que le conteste?

EZEQUIEL: Quiero que se quede ahí. Ha de comenzar el deseo de padre.

HARDING: Quiero ser el suyo.

EZEQUIEL: Esta fue su iniciación, Harding, recuerde. Ésta es su iniciación. Luego vendrá nuestra instrucción en Alemania. Viajará al fin, Harding. Seremos instruidos y volveremos. He terminado el manifiesto.

HARDING: ¿El qué?

EZEQUIEL (*Acercándose.*): Las palabras que usted y yo pronunciamos estando en tranc...

HARDING (*Interrumpiendo.*): Mamados.

EZEQUIEL: Mientras usted rondaba a Matilda, yo escribí el manifiesto.

HARDING: Yo no rondaba.

EZEQUIEL: La sangre es el pueblo, y la tierra es la virtud esencial.

HARDING: ¿De qué?

EZEQUIEL: Del origen, Harding, del origen de la raza.

HARDING: ¿Y yo qué hago?

EZEQUIEL: Sólo estése ahí, y déjeme a mí, que seremos más.

HARDING: ¿Lo sigo?

EZEQUIEL (*De repente, comienza.*): Lo que usted no tiene es lo que se necesita. Pero se lo daremos, Harding. Lo que usted necesita, ante todo, es información, Harding. Entender la información. No hacerse las estúpidas preguntas que usted se hace. El campo no está para hacerse preguntas. El suelo es nuestro, Harding, no pregunte. No se mire atrás. Usted fue escoria, aun lo es y aun lo sabe. Pero usted fue señalado.

HARDING: No entiendo el por qué, pero yo quiero cambiar el mundo.

EZEQUIEL: Cuánta ternura anida en su alma, Harding. Usted, ante todo, no puede cambiar el mundo. Nosotros lo haremos. Y usted estará ahí, junto a nosotros, con la sangre y el suelo.

HARDING permanece quieto mientras EZEQUIEL lo rodea.

EZEQUIEL: Padre y la liga patriótica, Harding, bien lo sabe usted, pronto, muy pronto, verán el fluir de su accionar sobre todos nosotros. La huelga sólo fue una manera de probar fuerzas, las primeras fuerzas hiperbóreas en el país. Vril. Es la fuerza lo que un aprendiz debe saber medir al principio. Lo que la fuerza puede hacer con la nueva información, y lo que uno. Usted en es...

HARDING (*Interrumpiendo. Tocándose una parte de su antebrazo derecho.*): Aquí es donde está la marca de la que le hablé.

EZEQUIEL (*Acercándose.*): Es una cicatriz eso, Harding. Una quemadura, parece.

HARDING: ¿¡Me quemaron!? Me pone ansioso con lo que dice, Ezequiel. Aún más ansioso de lo que cualquiera podría estar en una situación como esta.

EZEQUIEL: Usted no es cualquiera.

HARDING: ¿Qué soy?

EZEQUIEL: No es qué, no es quién es usted, Harding. Sino quién será.

HARDING (*Interrumpiendo.*): Fue en el monte. Estoy seguro ahora, me quemaron en el monte.

EZEQUIEL: No quiero escuchar esas historias.

HARDING: Es una sola.

EZEQUIEL: ¿Qué?

HARDING: La historia es una sola.

EZEQUIEL: Por eso.

HARDING: No soy un calmo.

EZEQUIEL (*Firme, intempestivo retoma lo que su padre le contó.*): Escuche: todo huele a su ideal.

HARDING: ¿Cómo ha dicho?

EZEQUIEL, antes nervioso, intempestivamente le da, con el brazo derecho, un rebencazo a HARDING que lo hace caer. Todo es muy rápido. La rapidez es violencia. Dura poco. Desahogo de EZEQUIEL. HARDING, en el suelo, inmutable después del golpe. Algo comienza, de alguna manera, a poner en marcha EZEQUIEL. Se mueve, busca y acomoda cosas y objetos antes de volver a HARDING.

EZEQUIEL: Repita: todo huele a su ideal.

HARDING: Todo huele a su ideal.

EZEQUIEL: Repita: venceremos.

EZEQUIEL aplica la fuerza física para obligar a HARDING a que repita, con intención y tono, todo lo que el otro dice, a la manera de legado patriótico.

HARDING: Venceremos.

EZEQUIEL: Tendremos.

HARDING: Tendremos.

EZEQUIEL: Acumularemos. Amasaremos. Gastaremos.

EZEQUIEL vuelve a aplicar fuerza física para que HARDING repita.

HARDING: Acumularemos. Amasaremos. Gastaremos.

Apagón.

Penumbra. Los dos, como en trance. El sonido es extraño. Esto es un sueño, un trance. Movimientos controlados, esfuerzos, entrega. Es una especie de ritual, se escucha una especie de rezo o similar, aprendido por los dos. Todo ritual posee su propio ritmo de verosimilitud dentro del marco en que lo convoca. En este ritual, digamos, hay “algo de otro orden”, la radio está encendida, y se puede escuchar, de parte de los dos:

HARDING y EZEQUIEL: “Lo material es un fin. La materia es una marca. La forma es lo social. Somos la vida, somos el sí, somos el sistema que nos envuelve, somos gentiles, somos nosotros quienes seremos y quienes miraremos a la cara al último hombre. Nos comportaremos como no unidos, seremos la ilusión, lo gota a gota. Veremos los cambios cuando ocurran. Estaremos arriba de lo relativo, Trabajaremos juntos siempre y permaneceremos unidos por la sangre y el secreto. La muerte vendrá a aquél que hable. (...) Mantendremos breves sus esperanzas. Haremos lo contrario. (...) Usaremos los metales. Prometeremos curas. (...) Los haremos matarse entre ellos cuando nos convenga. (...) Los guiaremos suave y amablemente dejándoles pensar que se guían a sí mismos. (...) Fomentaremos aminosidades, extinguiremos luces. Odiarán siempre lo vecino. (...) La realidad los poseerá. Prisión. Dominación era existencia. (...) Sin tener en cuenta que la conciencia (...) La furia es de las profundidades de donde venimos, y donde permaneceremos hasta el fin de los tiempos o la infinidad misma. Valga lo increado. Valga la legión”.

MADRUGADA

Más tarde. La radio aun sigue encendida pero no transmite nada, sólo un pequeño ruido de estática. HARDING, vestido nuevamente aunque algo desalineado, “duerme la mona”, como se dice, quizás con la boca abierta. EZEQUIEL, de espaldas, mira por el ventanal.

EZEQUIEL (*De espaldas.*): Ladino.

HARDING no contesta, casi como que ronronea al acomodarse un poco en el sillón, donde duerme.

EZEQUIEL: No escucho a ningún perro ladrar. Hay un vacilar peligroso allá afuera. Está oscuro y la lluvia es fuerte. (*Se da vuelta.*) ¿Cerró usted la ventana del cuarto de Matilda, Harding? (*Un silencio. Lo ve dormido al otro.*) No se haga, sé que me escucha. Sobre todo si le hablo de Matilda. Sólo a usted le permito ese lujo. (*Un vacío de silencio.*) El otro día se echó a llorar, de repente, ante mí. ¿Puede creerlo? Tal como lo hacía de niña cuando jugábamos en el bosquecito. (*Un vacío de silencio.*) Lloraba por la perra que desapareció, Harding. Y hasta me abrazó cuando rompió en llanto. Fuerte me abrazó, casi que no pude evitar que me mojara la camisa con sus lágrimas. (*Se toca el hombro derecho.*) Toda esta parte mojada por las lágrimas de mi hermana por esa perra ordinaria. Tenía la mirada del fuego fatuo esa perra, bien lo sabe usted. (*Un silencio.*) Los sacrificios tienen un orden, después de todo. (*Un silencio.*) Lluve fuerte. (*Un silencio. Se da cuenta de algo.*) ¡No escucho el sonido del agua! Espero que esto no haya comenzado. Tengo un poco de miedo sabe, Harding. Miedo por usted y miedo por mí. Lo que viene es grande y padre lo sabe. Los alemanes son el reaseguro financiero de este país. Eso tiene padre que decirle a todos, y no andar con esos cuentos de otra época. (*Un silencio.*) Sin embargo, que no escuche el sonido de la lluvia podría ser un indicio que sí, que hay que ir acostumbrándose a la normalidad de lo extraño. Y que hay un dios, Harding, y que no está allá arriba. (*Un silencio.*) ¡Harding! (*Se da vuelta y grita.*) ¡Harding!

HARDING despierta sobresaltado.

HARDING (Despertando sobresaltado.): ¡Soñé que un general nos sostenía!

EZEQUIEL: ¿Qué dice?

HARDING: Estoy vestido nuevam...

EZEQUIEL (*Interrumpiendo.*): Lo vestí yo mientras dormía la mona, borracho.

HARDING: Hablo de veras.

EZEQUIEL: Yo también. ¿O qué se c...

HARDING (*Interrumpiendo.*): Soñé con un general.

EZEQUIEL: Cuénteme.

HARDING: ¿Para qué?

EZEQUIEL: Necesito saber.

HARDING: ¿Para qué?

EZEQUIEL: Porque usted es mi aprendiz. Porque usted será de los que estará a mi diestra. Y yo seré quien estará en núcleo central del gobierno de los mil años.

HARDING: ¿Dónde?

EZEQUIEL: A mi lado, Harding. Usted y once más estarán a mi lado. Ya lo sabe, usted aceptó.

HARDING: ¿Yo debo contarle todo?

EZEQUIEL: ¿Tantas cosas tiene para contar?

HARDING: Uno tiene lugar para guardar tantas cosas.

EZEQUIEL: O para esconder.

HARDING: Explíquese.

EZEQUIEL: A su tiempo. Traiga más del alcohol.

HARDING hace caso y busca más alcohol.

EZEQUIEL: Dígame.

HARDING: Sí, Ezequiel.

EZEQUIEL: ¿Usted escucha el sonido de la lluvia cayendo?

HARDING (*Rápido.*): Sí.

EZEQUIEL: Sí, ¿qué?

HARDING: Sí, Ezequiel.

EZEQUIEL: Si escucha el ruido le pregunto.

HARDING: Si, llueve a cántaros.

EZEQUIEL: Yo no escucho nada.

Un vacío de silencio.

HARDING: No me asuste.

EZEQUIEL: ¿Por qué habría de asustarse usted?

HARDING: Por el sueño.

EZEQUIEL: ¿Qué?

HARDING: En el sueño yo no podía escuchar al general que nos sostenía.

EZEQUIEL: ¿Qué general?

HARDING: Un hombre enorme que hablaba y me sonreía.

EZEQUIEL: ¿A usted?

HARDING: A todos.

EZEQUIEL: ¿Quiénes son todos?

HARDING: Estaba usted y había mucha más gente alrededor.

EZEQUIEL: ¿Yo estaba entre la gente?

HARDING: Usted no sé. Y sí. Y el general nos hablaba y yo sentía que nos sostenía. Pero no podía escuchar lo que decía.

Interrupción de estática. “Ruidos raros desde la radio hasta que es posible comenzar a escuchar “Parsifal”, de Richard Wagner.

EZEQUIEL: Ahí está.

HARDING: ¿Qué cosa?

EZEQUIEL: Lo que le dije que debíamos escuchar. Inspiración, Harding, inspiración. “Una vez puesto el brote, de este aparato saldrá un sonido que nosotros deberemos escuchar”, eso decía el cable alemán.

HARDING: Es música.

EZEQUIEL: Escuche bien y cállese.

Música. Lluvia.

EZEQUIEL: Yo siento una dolorosa piedad. (*Mientras se desviste.*)

HARDING: Yo también.

EZEQUIEL: Tengo hasta ganas de llorar. (*Mientras se desviste.*)

HARDING: Yo también.

EZEQUIEL (*Dándose un cachetazo a sí mismo.*): Pero no importa me digo. (*Desnudo, o casi, como el otro.*) Usted ha dejado de ser un aprendiz. Eso sé ahora. Eso me digo ahora.

HARDING: Yo también.

EZEQUIEL: Usted es yo, ahora.

HARDING: Y yo también.

EZEQUIEL: Nació de una emoción esto.

HARDING: Yo también.

EZEQUIEL: Yo también, ¿qué?

HARDING: Siento como usted.

EZEQUIEL: ¿Cómo sabe eso?

HARDING: Usted y yo nos parecemos.

EZEQUIEL: Esto cuesta.

HARDING: Lo sé.

EZEQUIEL: Esto es una cuestión muy seria.

HARDING: Lo sé.

EZEQUIEL: Pero muy seria.

HARDING: Lo sé.

EZEQUIEL: Matilda hoy fue iluminada. Y engendrará un hijo suyo, Harding.

Un pequeño vacío de silencio.

EZEQUIEL: Y nosotros nos iremos a la instrucción en Alemania. Estamos dejando un pequeño legado, Harding, el embrión.

HARDING: No diga eso.

EZEQUIEL: ¿Por qué?

HARDING: No sé qué es un embrión.

EZEQUIEL: Usted es un gran aprendiz.

HARDING: He estudiado todo tal como usted, Ezequiel, me lo ha pedido.

EZEQUIEL sonríe. HARDING, serio.

HARDING: ¿De qué te reís?

EZEQUIEL: Que yo se...

HARDING (*Interrumpiendo. De golpe.*): Afuera pasa algo.

EZEQUIEL (*Algo extrañado.*): ¿Y?

Luces desde el exterior que parecieran acercarse.

HARDING: No sé qué ronda.

EZEQUIEL: Borracho.

HARDING: Animal.

EZEQUIEL: Contrólese.

HARDING: Animal no es.

EZEQUIEL: Salga a ver.

Un instante. Una duda.

HARDING: Déme el arma.

EZEQUIEL: Usted tiene la suya.

HARDING: Sé usar las dos manos.

Un instante. EZEQUIEL duda.

EZEQUIEL: Harding.

HARDING: Ezequiel.

EZEQUIEL le da su arma.

EZEQUIEL: Espero no sea uno de sus j...

HARDING (*Con las dos armas en las manos.*): Algo ronda.

HARDING se espanta, corta todo como quien dice. Hay un marcado espanto gestual, que muta desesperación y violencia.

HARDING: Es madre, Dios mío. Es madre, por Dios. Es madre.

Apuro, velocidad, desorden en el orden, viceversa: llegó la familia de HARDING, quien tiene uno de sus sirvientes en la estancia de nombre EZEQUIEL, que muta servicial, apenado, y hasta avergonzado. HARDING lo apura.

HARDING: Rápido, vi, vístase. Apúrese. (*Muy nervioso.*) Vestite indio, ya.

EZEQUIEL: Perdone, perdone, perdone.

HARDING: Callate y vestite, ya. Salgamos. Vino madre, cómo pude venir s... (*Se interrumpe, aplica fuerza mientras el otro se viste*) No quiero equivocaciones. Cuando suceda mi iniciación, indio, vos a entender. A padre no le va a gus...

EZEQUIEL (*Interrumpiendo.*): Perdone, usted, señorito Harding.

HARDING cachetea a EZEQUIEL.

HARDING: Mister HARDING, guacho. Apurate, dale. (*Entre murmuraciones.*) No ha salido como es... (*Se interrumpe. Lo mira.*) ¿Qué tenés en esos ojos? ¿De dónde los sacaste? (*Interrumpiendo.*) No sabés actuar, indio. Salí adelante mío. Dale, movete. Abrí.

Sale primero EZEQUIEL y luego HARDING. Se escuchan voces, HARDING que recibe y su familia que saluda. Es la madre de HARDING, quizás el padre, y más gente. Hay ruido de gente hablando. Se escucha, quizás, música de Duke Ellington, pero en alemán. EZEQUIEL vuelve a ingresar, casi furtivamente. Directo hacia donde está, toma una

pistola, se la guarda entre la ropa y saldrá. Antes de salir y antes del apagón, descubre el cuadro que estaba tapado con la sábana blanca. Es la bandera argentina entremezclada con la svástica nazi con fondo rojo.

Apagón.

Escribí *Ingovernable* para dos actores con ese “nos” del preámbulo formado por otras y otros que también son cada una y cada uno. Escribí *Ingovernable* para dos actores que pudieran indagar en los propios límites sobre todo lo que dos hombres en escena pudieran hacer bajo determinadas condiciones. Escribí *Ingovernable* con el pensamiento puesto en la fuerza actoral de dos actores, de dos hombres actuando una época y un momento particular del pasado siglo XX: la década encerrada entre 1920 y 1930. La radio transmitía por primera vez. Y fue Richard Wagner con *Parsifal* lo primero que escuchó el oyente argentino.

Ingovernable es un horizonte emocional masculino que ocurre a merced de un país que, como el mundo, salía de una condición para entrar en otra. La condición es una forma de decir sobre la entreguerra de esos años en el mundo, y el germen visionario y escandaloso que comenzaba a latir en Argentina. El campo oligárquico y campesino que forjaban el país estaba mutando la “razón de ser” de cada uno en la sociedad. Mujeres silenciadas por un mandato increíblemente fuerte en el tiempo. Inmigrantes y no inmigrantes, patronos, obreros y gauchos, anarquistas, judíos, ingleses, caudillos, paisanos, ciudadanos, campesinos. Gente dándose cuenta o no, dentro de su propia forma vital, que hurgando en sí misma, puede construir la vida del otro. O destruirla. Esa premisa fue clave para el vínculo entre los dos protagonistas de *Ingovernable*: dos varones que, “solos estando” donde están, haciendo lo que hacen, conspiran, instrumentan “lo que vendrá”, y accionan sobre el presente cotidiano, como queriendo, de alguna manera, hacer presencia lo que vendría. Lo que viene nunca puede ser nominado de antemano: pero se lo intuye. Como lo masculino, la historia se construye desde un principio de realidad que, aunque atroz, para uno de los protagonistas, es liberador.

Un patrón y su criado, dos que son uno porque uno de ellos así lo quiere, y porque el otro acepta. Aceptar puede ser una forma velada para introducir el riesgo. El riesgo podría ser el mal. Pero no hay mal que por bien no venga. Y viceversa. Como el nazismo y el comunismo, que salieron del mismo país, los dos protagonistas de *Ingovernable* son, al mismo tiempo, delicia, misterio y amenaza. Mientras tanto, afuera, algo inmenso humilla.

Leonel Giacometto (Rosario, Santa Fe, 1976) es escritor, dramaturgo, y a veces periodista cultural y director de actores. Reside en Rosario. En narrativa ha publicado, entre otros, *Pequeñas dispersiones* (Editorial Municipal de Córdoba, 2005). Para teatro, entre otras, *Dolor de*

pubis (Siete autores: la nueva generación, Editorial Inteatro, Buenos Aires, 2004), Santa Eulalia, Madagascar (Dramaturgos del Litoral argentino, Argentores, Buenos Aires, 2008) Despropósito, Arritmia, Plató (Tercer Premio en el VII Certamen de Textos Teatrales de Torreperogil, España, 2004), Herr Klement (Primer Premio del concurso de textos teatrales del Ayuntamiento de Santurce, España, 2005), Todos los judíos fuera de Europa, El difuntito (Teatro x la identidad, Editorial Municipal de Rosario, 2010). Sus obras son representadas en Argentina, España, El Salvador, México, Estados Unidos, Polonia, Costa Rica y Venezuela. Junto a Patricia Suárez publicó Trilogía peronista (Teatro Vivo, Buenos Aires, 2005). Nominado a los Premios ACE 2006/2007, mejor autor argentino por Todos los judíos fuera de Europa, 3 Premios ACE -Mejor espectáculo off, Mejor Actor, Revelación masculina.